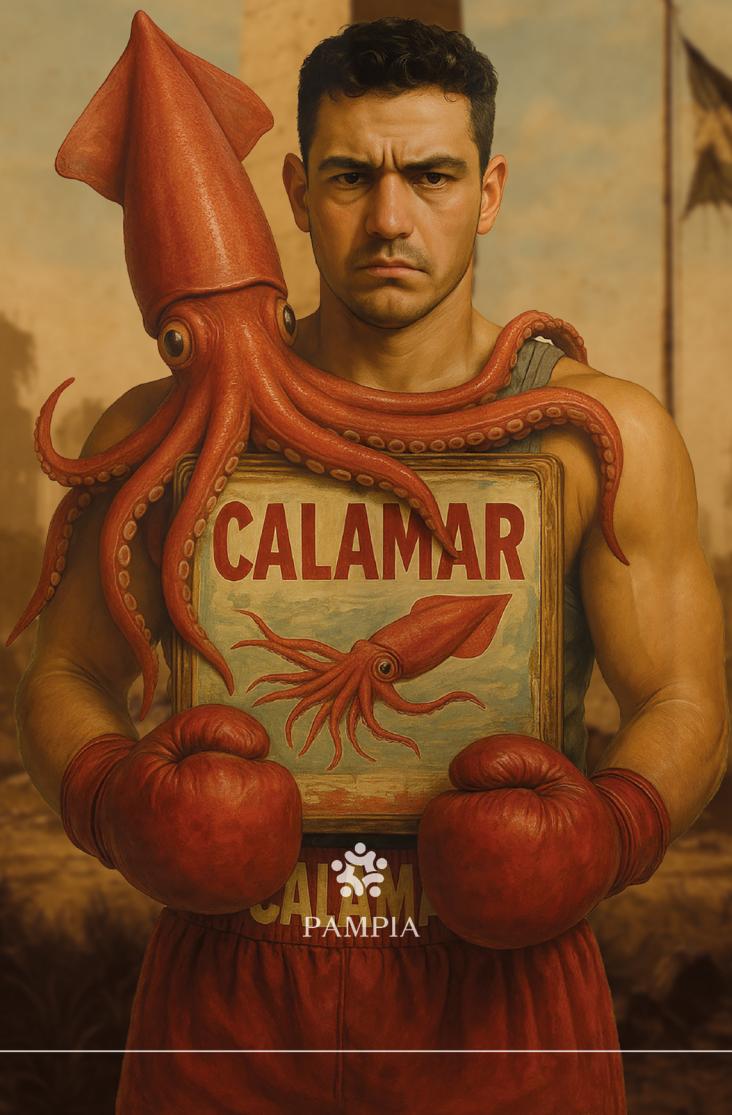


EL CALAMAR

y la invasión anglo-marciana de Buenos Aires

*Marcelo Caballero
Alejandro Lois*



CALEM
PAMPIA

EL CALAMAR



Marte

Reino
Unido

Argentina

EL CALAMAR

Y la invasión anglo-marciana de Buenos Aires

**Marcelo Caballero
Alejandro Lois**



PAMPIA

Caballero, Marcelo & Alejandro Lois
El Calamar y la invasión anglo-marciana de Buenos Aires / Marcelo
Caballero & Alejandro Lois - 1 ed. -
Buenos Aires : Pampia Grupo Editor, 2025

ISBN 978-631-6559-31-9

Diseño de interior: Maitreya Arte y Diseño

Diseño de tapa e imágenes: Maitreya Arte y Diseño

©2025, Pampia Grupo Editor

Primera edición: Agosto de 2025

Pampia Grupo Editor

Avenida Juan Bautista Alberdi 872

C1424BYV – Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.pampia.org

Reservados todos los derechos.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación,
en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso expreso
por escrito de la editorial y del autor.

Editado en Argentina

Índice

Capítulo 1 - El visitante imposible	9
Capítulo 2 - Memorias del agua y del fuego	15
Capítulo 3 - Nabucodonosor ve	23
Capítulo 4 - El teatro y la trampa	33
Capítulo 5 - La hora sin retorno	43
Capítulo 6 - Los hombres sin historia	51
Capítulo 7 - El subsuelo de la patria.....	57
Capítulo 8 - Los trajes de la guerra	63
Capítulo 9 - El silencio del Virrey	71
Capítulo 10 - No eran piedras	81
Capítulo 11 - Nos hicieron mierda	85
Capítulo 12 - Al borde del Riachuelo.....	93
Capítulo 13 - Esto no estaba en ningún manual	99
Capítulo 14 - Yo solo vendía golosinas	105
Capítulo. 15 - ¿Y ahora qué?	109
Capítulo 16 - El desfile terminó hace rato	111
Capítulo 17 - Una cotorra criolla	117
Capítulo 18 - El virrey dobló por la Calle de las Torres.....	125
Capítulo 19 - Pensar la muerte	133
Capítulo 20 - El enjambre se rompe.....	141
Capítulo 21 - El Invis	151
Capítulo 22 - Lo que no debía crecer	157
Capítulo 23 - Luces sobre Buenos Aires	167
Capítulo 24 - De dioses y máquinas.....	173
Capítulo 25 - Maniobras de la Parca	179
Capítulo 26 - El cerebro del tirano	185
Capítulo 27 - Epílogo	193

Tu acceso exclusivo

Este código QR te abre la puerta a un espacio reservado solo para lectores de *El Calamar*.

Allí encontrarás:

Una *playlist* original, creada especialmente para este libro, con música pensada para acompañar cada momento de la historia.

Ilustraciones inéditas que no aparecen en la edición impresa.

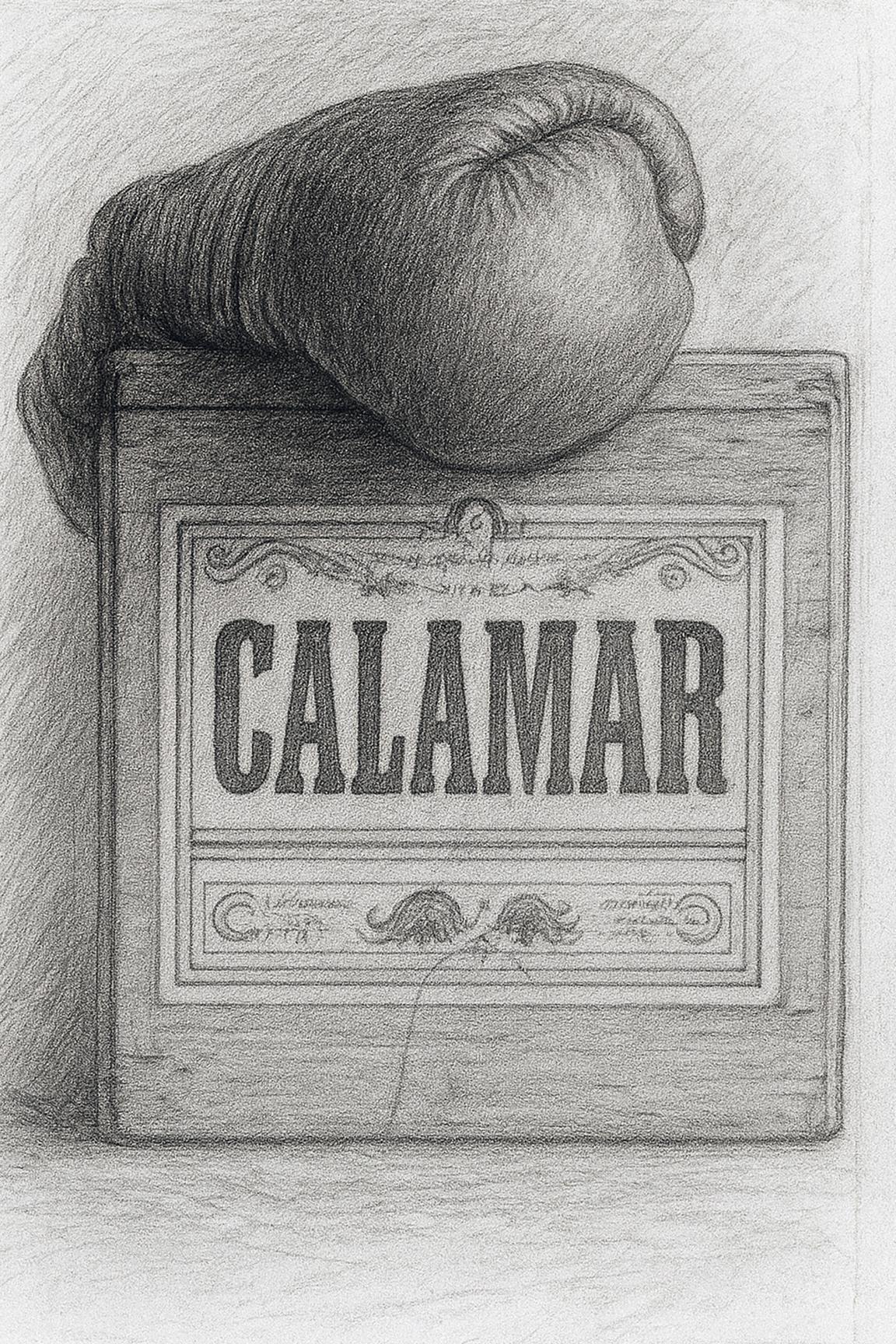
Material complementario que iremos sumando con el tiempo: bocetos, notas, fragmentos y sorpresas relacionadas con el universo de *El Calamar*.

Es un espacio vivo y en constante actualización, al que podrás volver siempre que quieras.

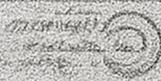


*Y la necesaria tentación de saberse en el paisaje
y en la historia de todos.*

Las intermitencias del caracol, Edgardo Lois



CALAMAR



Capítulo 1 – El visitante imposible

Noviembre 1805

Ciro cayó de rodillas en medio de una calle polvorienta, jadeando como si acabara de emerger del fondo del océano. El aire le raspaba los pulmones, impregnado de humo de chimeneas y un lejano hedor animal. Alrededor, las casas eran bajas, de una sola planta, con techos de teja oscura y ventanas enrejadas. Un caballo resopló en algún punto detrás de él, y el chirrido agudo de una carreta mal engrasada le atravesó el oído como un tajo repentino.

El mundo se sentía equivocado. Silencioso. Ajeno. Todo parecía ser de otro tiempo.

Su ropa —una chaqueta térmica ajada, jeans sucios y un arnés de seguridad que le cruzaba el pecho como una prótesis anacrónica— lo delataba. No encajaba. No pertenecía. Y lo sabía.

Apenas podía mantenerse en pie. El estómago le rugía como una bestia atrapada. Tenía la barba apelmazada de sangre seca y el cabello enmarañado como maleza. El viaje lo había vaciado, drenado, quemado por dentro. No sabía si había pasado un día o un siglo desde que había comido por última vez.

Una puerta se abrió. Desde el umbral lo observaba un hombre bajo, de rostro curtido y ojos agudos. Vestía levita azul oscura, chaleco bordado y una camisa impecable. Parecía salido de una pintura de museo... salvo que esa pintura, ahora, lo miraba con curiosidad.

—*Spricht du Deutsch?* —preguntó el hombre.

Ciro entrecerró los ojos. No entendió, pero el tono le sonó familiar. ¿Alemán? Tal vez. Algo parecido había escuchado en películas de guerra o en alguna serie de espías.

—¿Dónde... estoy? ¿Qué año es? —alcanzó a decir, con voz torpe y la lengua como lija seca.

El extraño titubeó, luego frunció el ceño con gesto de quien acomoda piezas mentales.

—¿Español? —ensayó, con un deje extraño, como si masticara cada sílaba—. Estás en Baltimore. Estados Unidos de América. Año 1805.

Ciro sintió que el suelo se le volvía agua bajo los pies.

—¿Cómo dijo? —balbuceó.

—Ven. Estás desfalleciendo —dijo el hombre, esta vez con tono firme, casi paternal—. Soy Sebastian Grenzer. Vamos adentro.

Ciro apenas alcanzó a asentir antes de que el mundo se le oscureciera en los bordes. Grenzer lo sostuvo con cierto esfuerzo y lo ayudó a entrar en el edificio. Dentro, la temperatura cambió de golpe: cálida, cargada del aroma a madera quemada y pan fresco. Una habitación acogedora, estanterías repletas de libros encuadrados en cuero, mapas colgando de las paredes y una mesa servida con pan, queso y una jarra que olía a sidra tibia.

Ciro comió como un animal salvaje. El pan crujía como vidrio bajo sus dientes. El líquido le ardía en la garganta, pero no se detuvo. Cuando por fin alzó la vista, Grenzer lo observaba en silencio. Había dejado su abrigo colgado de una percha y ahora se acomodaba en una silla con las piernas cruzadas, las manos entrelazadas sobre la rodilla.

—Pareces haber sobrevivido al infierno —dijo.

—No fue el infierno —murmuró Ciro—. Fue Buenos Aires. Y no, no lo entenderías...

Hizo una mueca, medio sonrisa, medio resignación.

—Año 2025 —dijo al fin, como si le costara creérselo él mismo—. Ya sé cómo suena.

Grenzer no se inmutó. Apenas ladeó la cabeza.

—La gran caída energética —dijo, como si recordara algo leído en un libro que aún no se había escrito—. ¿Los sistemas colapsaron? ¿Frío, caos, hambre?

Ciro entrecerró los ojos.

—¿Qué eres, adivino?

Grenzer señaló con el mentón el arnés que Ciro llevaba pegado al pecho.

—La máquina. La reconozco. Tecnología T.I.M.E.

Se inclinó como quien contempla una reliquia.

—*Time Injection Medium Engagement*.

Ciro tragó saliva. Sus dedos se cerraron sobre el pequeño aparato, como un reflejo de supervivencia.

—¿Cómo... sabes eso? Esa tecnología ni siquiera existía en 2025. Y mucho menos se suponía que pudiera funcionar.

—No soy un viajero del tiempo —respondió Grenzer—. Y lo que voy a decirte puede sonar tan absurdo como lo que tú acabas de decir... o incluso más. Pero si tú pudiste decir «2025» en voz alta sin esperar que te creyeran, entonces tal vez yo también pueda confiar en esto.

Hizo una breve pausa, como si buscara la forma más clara de explicarse.

—No soy de este planeta. Mi gente llegó aquí en 1757, huendo de algo mucho peor de lo que ustedes han conocido. Éramos pocos. Apenas los necesarios para intentar empezar de nuevo sin llamar la atención. Nos refugiamos en la corte de Federico II. Nos adaptamos. Nos mezclamos.

Grenzer bajó un poco la voz.

—Aprendimos su idioma, su cultura, su manera de ver el mundo. Nos adaptamos. Nos mezclamos. Y cuando él murió, supimos que ya no estábamos a salvo. Así que nos dispersamos por el mundo.

Volvió a mirar a Ciro con atención, y concluyó:

—Y ahora... atrapamos viajeros como tú.

—¿Atrapan viajeros?

—Solo si sabemos que vienen. Las trampas no pueden mantenerse activas sin agotar los núcleos de energía. Pero cuando detectamos a alguien... activamos el embudo.

Ciro sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Sin sacar las manos de la máquina, la acarició como un talismán.

—¿Y tú sabías que yo iba a llegar?

—Nabucodonosor llegó primero —dijo Grenzer.

Ciro levantó la cabeza al escuchar el nombre. No esperaba oírlo de boca de un extraño, y mucho menos en ese contexto.

—Su llegada fue... ruidosa. Un viajero sin sutileza... siempre deja rastros. Así que preparé esto. Sabía que alguien vendría tras él.

Grenzer hizo entonces una pregunta aparentemente casual, lanzada como quien comenta el clima:

—¿Dónde obtuviste esa máquina del tiempo? Tan pequeña... tan efectiva. La mayoría son pesadas, torpes. Monumentos imposibles de ocultar.

Ciro lo miró sin responder. Su cuerpo seguía exhausto, pero su mente giraba rápido. No podía fiarse aún. No lo suficiente. Se limitó a cerrar aún más la mano sobre la carcasa del dispositivo.

—Prefiero no decirlo —murmuró.

A partir de ese instante, mantuvo el artefacto cerca del pecho. No por temor, sino porque conocía de sobra el precio de perderlo.

—¿Tú conoces a Nabucodonosor? —preguntó Ciro, ya despierto.

—Lo estudiamos. Lo tememos. Y lo odiamos —susurró Grenzer, como un rezo maldito—. Su raza exterminó a la mía hace eras. Nosotros... solo estamos sobreviviendo. Y ustedes... ustedes están en la primera línea de la última batalla.

Ciro parpadeó, confundido.

—Entonces... ¿tienes tecnología más avanzada que la de él? ¿Más que la mía?

Grenzer negó con la cabeza, esbozando una sonrisa impostada.

—Nada de eso. Solo supimos adaptarnos. En un pasado remoto, los nuestros fueron masacrados por los marcianos. Tuvimos que huir, vagamos durante siglos en naves fantasmales hasta que finalmente descendimos aquí, en la Tierra. Sabíamos que no podríamos ocultarnos para siempre. Que tarde o temprano nos encontrarían... y querrían terminar lo que empezaron. Por eso estudiamos sus restos. Les hicimos retroingeniería. Y construimos trampas. Trampas temporales que redirigen los saltos en el tiempo hacia puntos controlados. Lugares como este.

—¿Para matarlos?

—Para tener la oportunidad de hacerlo primero.

Ciro asintió en silencio. Entonces alzó la vista, queriendo saber más.

—¿Sabes dónde está Nabucodonosor ahora? ¿Está en esta ciudad? ¿Podría llegar hasta él?

—Está en Londres.

Ciro entrecerró los ojos, haciendo memoria. Grenzer había dicho que estaban en Estados Unidos.

—¿Puedes ayudarme a llegar hasta él? A donde sea.

—Lo consideraré —respondió Grenzer—. Créeme, nos gustaría que alguien como tú, ajeno a nuestra especie y sin nada que perder, lo eliminara de una vez por todas. Pero tenemos que hacerlo bien. Si lo logramos... no solo sería una victoria táctica. Sería justicia.

Ciro sonrió. No del todo aliviado, pero sí con una certeza nueva: la de que la revancha era posible.

—Si me llevas hasta él, lo encontraré. Y lo mataré. Como hice con otros en Buenos Aires.

Grenzer bajó la mirada un instante, como si recordara algo, y al alzarla de nuevo, formuló en voz baja la pregunta que seguía esperando respuesta:

—¿Sabes por qué Nabucodonosor odia tanto a Buenos Aires?

Capítulo 2 - Memorias del agua y del fuego

—No soy un experto, ni ingeniero, ni nada parecido —dijo Ciro, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en el suelo de madera—. Fui boxeador, me decían El Calamar. Y cuando no estaba peleando, vendía golosinas o lo que fuera en los trenes. Lo poco que entiendo lo armé escuchando, sobreviviendo. Como quien junta piezas de un rompecabezas sin saber si alguna vez tendrá sentido.

Levantó la vista hacia Grenzer, que permanecía en silencio, atento.

—Lo que sé... es que en una Buenos Aires del futuro, muchos años después de 2025, alguien creó una máquina del tiempo. La llamaron T.I.M.E. No sé muy bien de qué se trata... pero por lo visto tú sí. Y funcionaba. Esa cosa fue llevada a Marte. Allá... pasó algo.

»La máquina había aparecido en un pasado remoto marciano, y los que estaban ahí la habían encontrado. Después de eso, capturaron al viajero. Lo estudiaron. Entendieron cómo operaba el dispositivo y, por algún motivo, aprendieron español. No solo eso: aprendieron de nosotros. De mi ciudad. De nuestra historia.

Hizo una pausa breve, y su tono se volvió más firme.

—Esa información los llevó a una conclusión: que la T.I.M.E. había sido diseñada en Buenos Aires. No en 2025, como te dije antes, sino por un científico que nació ese año. Se llamaba Fiorucci. En ese entonces era solo un nombre más, sin relevancia. Pero décadas después, ya con más de sesenta encima, descubrió la fórmula. Y mucho más tarde, alguien —quizá él mismo, quizá otros— la puso en práctica. ¿En el siglo XXII? Nadie lo sabe con certeza. Lo que sí parece

claro es que, para los marcianos, todo empezó ahí. En Buenos Aires. Y no lo olvidaron.

Volvió a recostarse en el respaldo, con el gesto endurecido.

—Para ellos, nosotros fuimos los primeros en cruzar la línea. No sé si pensaron que íbamos a conquistarlos, a invadirlos, o solo a observar. Pero en su memoria, esa ciudad fue el punto de origen.

»Por lo tanto, era inevitable: tarde o temprano, los marcianos, en aquel remoto pasado de su planeta, donde fue a dar la máquina, terminaron replicándola. O quizás ni siquiera fue una copia. Tal vez siguieron utilizando la misma T.I.M.E. original, desarmándola, probándola, adaptándola a su lógica. No había manera de saberlo. Lo único claro era el resultado.

Ciro recordaba con una nitidez casi dolorosa cómo comenzó todo. Primero, un apagón. La ciudad entera quedó a oscuras, como si alguien hubiera tirado del interruptor del mundo. Luego vino el agua. No una ola cualquiera: un muro líquido que se alzó sobre la ciudad y arrasó sin pausa. Un tsunami imposible, que cubrió avenidas, autopistas, barrios enteros. Y con él, emergieron las máquinas. Aquellas formas oscuras, metálicas, articuladas, que no respondían a leyes humanas ni terrícolas. Llegaron desde las aguas como si el fondo del río fuera su cuna. Y detrás de ellas, la invasión.

Ciro se había salvado de milagro. Estaba con Sonia Lambertti, su compañera, en el auto de ella. Justo en ese momento iban por la autopista, junto al estadio de fútbol de Vélez. El agua no los alcanzó. O quizás sí, pero no lo suficiente. Lo que fuera que los protegió, nunca lo supo. Quizás fue suerte... o no.

Grenzer lo escuchaba con atención, pero su expresión se fue endureciendo. Quería entender con precisión lo que

había ocurrido. Pero Ciro, agotado, no tenía más que ofrecer. Grenzer lo notó. No insistió. Se puso de pie, murmuró algo apenas audible y salió, dejándolo solo con sus recuerdos y con el peso brutal de entenderlo todo sin poder hacer nada.

A la mañana siguiente, Grenzer despertó a Ciro ofreciéndole una bandeja con el desayuno, un baño caliente ya preparado, un barbero esperándolo tras la puerta y un conjunto de ropa limpia, adaptada a la moda del siglo XIX. Todo estaba dispuesto. Ciro, con el cuerpo lento, pero agradecido por la comodidad, aceptó sin reparos y se dejó guiar por esa rutina de hospitalidad. La comodidad era rara en su vida; la sospecha, en cambio, una vieja conocida. Pero esa mañana decidió no resistirse.

Al quitarse la camisa y mirarse de reojo en el espejo empañado, volvió a ver la criatura extendida en su espalda: un calamar de tentáculos negros y mirada fija, tatuado en tinta agresiva desde los omóplatos hasta la cintura. Era su sello, su herencia. El apodo «el Calamar» venía de allí, pero también de mucho más atrás: de una pasión familiar por el Club Atlético Platense, transmitida generación tras generación desde que sus antepasados se establecieron en Argentina a principios del siglo XX. En cierto modo, era una marca de origen, una raíz que no se borraba ni con viajes en el tiempo.

Una vez vestido y afeitado, casi transformado en un habitante más de esa ciudad estadounidense, Ciro volvió a la sala. Allí, Grenzer lo esperaba con un plano extendido sobre la mesa. El aire olía a café recién hecho y a papel viejo. La conversación retomó su curso sin demasiados preámbulos.

—Los nuestros están desplegados —dijo Grenzer—. Cada ciudad o puerto importante tiene uno o dos hombres aten-

tos, vigilando. Sabíamos que los marcianos aparecerían. Lo que no sabíamos era cuándo ni dónde. Por eso, cuando Nabucodonosor apareció en Londres, recibimos el aviso de inmediato.

—¿Vino solo? —preguntó Ciro, mientras se acercaba al plano.

—Eso dicen los testigos. Ninguna máquina de guerra, ni artefacto visible. Si trajo algo, no sobrevivió al viaje... o fue diseñado para no ser visto.

Ciro asintió, pensativo. Sabía lo que eso implicaba. Las máquinas derivadas del modelo T.I.M.E., excepto la que él llevaba en el pecho, eran colosales. Algunas requerían plataformas completas para funcionar. Si Nabucodonosor había viajado sin una de ellas, entonces algo más había cambiado. O tal vez... alguien lo había ayudado desde este lado del tiempo.

Ciro apretó los puños sin darse cuenta, como si anticipara el temblor de un combate que aún no había comenzado. La posibilidad de que Nabucodonosor se viera obligado a cruzar el Atlántico lo entusiasmaba, aunque no supiera del todo por qué. Tal vez fuera una esperanza irracional, una revancha implícita: que todo terminara donde se habían enfrentado por primera vez.

Si el marciano detectaba su presencia en 1805, y descubría que una máquina del tiempo seguía activa —aunque dañada, aunque precaria—, quizás lo buscaría. Quizás vendría por él. Y entonces sí, el combate sería inevitable. Un cierre. Un fin.

Grenzer lo observó en silencio unos segundos antes de hablar.

—¿Qué te hace pensar que Nabucodonosor quiere esa máquina? —preguntó—. Tal vez no le interese regresar. Tal vez le baste con destruir Buenos Aires aquí y ahora... y quedarse en esta época.

Ciro tardó unos segundos en responder. Sabía que era una posibilidad. Si el marciano destruía la ciudad en 1805, entonces el Buenos Aires del futuro simplemente dejaría de existir. Nada que reconstruir. Solo un hueco en la historia.

—Lo sé —dijo al fin—. Pero si aún recuerda lo que dejamos allá atrás... va a venir. No porque necesite la máquina. Sino porque necesita terminar conmigo.

Grenzer no respondió, pero el silencio entre ellos ya era una conversación aparte. Algo se había puesto en marcha. Y no había vuelta atrás.

Ciro se aferraba a la idea de que Nabucodonosor, en algún momento, intentaría regresar a 2025. No solo porque su imperio marciano aún estaba en expansión sobre las tierras rioplatenses, sino porque ese tiempo aún le ofrecía esclavos, poder y un trono por consolidar. En esas ruinas vivía Sonia. Ella seguía allí, resistiendo, esperando. Esa sola imagen le bastaba a Ciro para convertir cualquier duda en determinación. No podía permitir que Nabucodonosor cruzara de nuevo hacia el futuro. Si lo hacía, arrasaría Buenos Aires.

—Si destruye Buenos Aires ahora, en 1805 —murmuró Ciro—, todo lo que viví, todo lo que fui... dejará de haber tenido sentido.

En su mente apareció la imagen: calles deformes, torres hechas de carne y metal, y figuras humanas con ojos ajenos. Era la ciudad que Nabucodonosor soñaba. Una Babilonia que solo podía parir monstruos.

Grenzer fue directo. Miró a Ciro con firmeza y soltó la propuesta sin rodeos: debía destruir la máquina del tiempo. Si lo hacía, no importaría el resultado del combate con Nabucodonosor. El marciano quedaría atrapado en 1805, sin posibilidad de regresar al futuro. Y con eso, Sonia y los demás sobrevivientes quedarían fuera de su alcance. El 2025, aunque

herido, tendría una oportunidad. La ciudad no sería borrada desde su origen.

—Piénsalo —dijo Grenzer, en voz baja—. Si él vuelve al futuro, lo terminará. Su imperio, su palacio, todo. Lo que hizo con los cuerpos... lo repetirá. Solo que esta vez, no quedará nadie para resistir.

Ciro bajó la mirada. La idea lo sacudió. Era una estrategia lógica. Pero no podía aceptarla. No sin pelear por lo que había dejado atrás.

—No voy a destruirla —respondió, sin levantar la voz—. Esa máquina no es solo un arma. Es mi única puerta de regreso. Sonia me espera. Y si todavía hay algo de Buenos Aires en pie, entonces aún tengo un motivo.

Grenzer no insistió. Solo asintió con un leve gesto. Sabía que no todo podía salvarse desde la razón. A veces, la única decisión posible nacía del corazón roto de quien aún tenía algo por recuperar.

Fue entonces cuando a Ciro se le ocurrió el primer movimiento de su plan. Si quería provocar a Nabucodonosor, atraerlo a América y enfrentarlo allí, necesitaba hacerle saber que estaba vivo, que había cruzado el tiempo... y que lo esperaba. Compartió su idea con Grenzer, quien no se mostró sorprendido. Los suyos, después de todo, estaban infiltrados en las principales ciudades y puertos del mundo, con acceso a barcos, rutas o canales de comunicación. Más aún: controlaban una red de periódicos que les servía para compartir información en clave, sin levantar sospechas.

—Quiero que pongas un anuncio —dijo Ciro, directo—. Algo que pueda leer cualquiera. Que diga que ha llegado a América un boxeador de renombre, Ciro Engelhardt, conocido como El Calamar.

Grenzer asintió sin necesidad de más explicaciones.

—Lo verá. Si aún vigila las noticias desde Londres, no tardará en reconocer tu nombre. Esa clase de provocaciones no pasan desapercibidas para él.

Ciro mantuvo el gesto serio, pero una nueva idea empezó a tomar forma. Más audaz. Más peligrosa.

—También quiero que publique que Buenos Aires corre peligro de ser invadida —dijo, sin apartar la mirada.

Grenzer arqueó las cejas, sin disimular la sorpresa.

—¿Invadida? ¿Por quién? ¿Marcianos?

—Por ingleses —respondió Ciro, seguro—. Que los diarios anuncien que tropas inglesas tomarán la ciudad.

Grenzer tardó unos segundos en comprender. El tono de Ciro no era irónico. Era decidido.

—¿Estás seguro? No creo que sea un dato fácil de digerir para el pueblo...

—En este caso, el pueblo no importa. Esto es para él. Para Nabucodonosor. Tal vez lo empuje a moverse. A venir hacia nosotros.

Ciro no era un experto en historia, y lo sabía. No recordaba fechas con exactitud ni conocía detalles, pero tenía una imagen vaga —aunque intensa— de un tiempo en que Buenos Aires fue tomada por fuerzas británicas. Dos veces, incluso. ¿Y si esa ficción publicada se convertía en una provocación real? ¿Y si, entre líneas, Nabucodonosor entendía el mensaje?

—Que lo vea —insistió Ciro—. Que crea que algo se le escapa. Que crea que me adelanto. Así vendrá. Y cuando venga... lo estaré esperando.

—¿Quién firma esta nota?

—El que vino a cambiar la historia —dijo Ciro.